

Isaac Penington

El testimonio de Isaac Penington

Desde niño mi corazón fue dirigido al Señor, a quien temía y anhelaba desde mis más tiernos años. Por lo tanto sentía que no podía estar satisfecho ni afanarme con las cosas de este mundo moribundo, que naturalmente pasa. Al contrario, deseaba sentir verdaderamente, y unirme con lo que perdura para siempre. En realidad había algo callado en mi interior, la semilla de la eternidad, que leudaba mi espíritu y lo mantenía en equilibrio casi constantemente; pero no lo conocía con claridad suficiente como para recurrir a ello, y entregarme del todo y a toda conciencia.

En esta condición mental, buscaba al Señor con esmero, dedicándome a escuchar sermones, y a leer los mejores libros que encontraba; pero sobre todo las Escrituras, que me eran muy dulces y sabrosas. Deseaba intensamente y me afanaba por conocer las Escrituras; pero temía mucho aceptar interpretaciones humanas, o imponer cualquier interpretación mía. Aguardaba y oraba mucho, para poder recibir del Espíritu del Señor un verdadero entendimiento de las Escrituras, y para que él me dotara con ese conocimiento que yo pudiera sentir como santificante y salvador. Y de cierto recibí palpablemente de su amor, de su misericordia, de su gracia, que sentía venir a mí de balde; aun en momentos en que estaba muy lleno del sentido de mi carencia de mérito y en que no tenía la menor esperanza de que tales dones se manifestaran hacia me.

Estuve muy enredado tocante la Elección y la Reprobación, porque me había embebido de esa doctrina según se expresaba en aquel entonces por los más estrictos de los llamados Puritanos. Me parecía muy evidente y confirmado, basado en el capítulo nueve de Romanos, etc. Temía que, a pesar de todo mi deseo y afán por el Señor, él me pudiera haber omitido de su decreto. Pensaba que me sería muy amargo sufrir su ira y estar separado de su amor para siempre; sin embargo, si él lo había decretado, así sería, y yo desertaría y perecería al fin, a pesar de mi comienzo favorable y mi esperanza. Pasé muchos años en este gran duelo y perturbación, en lamentación y en lucha contra tentaciones y corrupciones secretas, todo aumentado por no encontrar el Espíritu de Dios en mí y conmigo de la forma que los primeros cristianos lo tenían, según yo creía y había leído. Caí en gran flaqueza corporal, y muchas veces me echaba en la cama, me retorció las manos, y lloraba amargamente; diariamente suplicaba al Señor que tuviera misericordia de mí, que me ayudara contra mis enemigos, y que por su propio poder renovador me formara acorde al modelo de su Hijo. Y por fin, cuando mi fuerza natural casi llegaba a su límite, y el foso de desesperación cerraba su boca sobre mí, brotó la misericordia, y vino la liberación, y el Señor mi Dios me reconoció como suyo, me selló con su amor, y la luz resplandeció dentro de mí. Esto hizo glorioso en mis ojos no sólo las Escrituras, sino también las mismas criaturas, hasta que todo a mi alrededor me fue dulce, grato y ligero. Mas pronto sentí que esta condición era muy elevada y gloriosa para mí, y no fui capaz de morar allí, porque sobrepasaba mi espíritu natural. Por esta razón, bendiciendo el nombre del Señor por su gran bondad para conmigo, le pedí que me

quitara lo que yo no era capaz de sobrellevar, y que me diera tal medida de su luz y su presencia que concordara con mi condición actual y que me hiciera apto para su servicio. A poco tiempo esto me fue quitado, mas durante un largo rato me quedó un regusto en lo que sentía dulzura, consuelo, y refrigerio.

Mi mente no sabía en aquel entonces cómo volver y morar en lo que me dió ese regusto; ni cómo leer debidamente lo que Dios escribía a diario en mi corazón, lo que demostró suficientemente que de él venía por su virtud viviente y su obra pura en mí. Mas consideraba que las Escrituras eran mi regla, y por lo tanto sopesaba las revelaciones de Dios en mi interior con lo que estaba escrito exteriormente. No me atrevía aceptar nada inmediata y directamente de Dios, tal como brotaba de la fuente, sino sólo en esa forma mediada. De tal manera yo le ponía límites al Santo de Israel, e hice daño extremo a mi propia alma, según más tarde sentí y llegué a entender. No obstante, el Señor fue muy tierno y condescendiente conmigo, abriéndome las Escrituras de nuevo cada día, enseñando e instruyéndome, y brindando así calor y consuelo a mi corazón. De verdad me ayudaba a orar y creer y amarlo a él y a sus manifestaciones en cualquiera. De cierto me ayudaba a amar a todos los seres humanos, y a toda criatura, con amor verdadero. Pero la parte de mí que no reconocía las revelaciones del Señor en mi espíritu quería limitarle a las palabras de las Escrituras plasmadas en tiempos pasados. Esto iba más lejos aún y quería formar un edificio de conocimiento derivado de las Escrituras, y amontonar una regla perfecta, según yo pensaba, tocante a mi corazón, mis palabras, mis costumbres, mi adoración. Yo practicaba lo que embebía en esta forma de las Escrituras. Con espíritu muy serio, y con mucha oración a Dios, me dediqué a ayudar en la formación de una congregación independiente, en la que el regusto de vida y de la presencia de Dios estaba fresco todavía conmigo, cosa que me parece algunos que siguen vivos de esa congregación pueden testificar. [Pero faltaba algo, y nos equivocamos de senda, porque en vez de avanzar hacia el espíritu y poder como debíamos haber hecho, nos precipitamos demasiado hacia el exterior, hacia la letra y la forma. Aunque el Señor nos ayudó en mucho, en esto él estaba contra nosotros, y nos impuso tinieblas, confusión, y división.]¹ Fui aplastado, quebrantado, y agobiado por el Señor, pasmado en mi adoración, pasmado en mi conocimiento, privado de todo en un solo día, cosa dolorosa de decir, ocasión de asombro a todos los que me veían. Quedé abierto y desnudo a todos los que querían interrogarme, y tratar de investigar la causa por la cual el Señor me trataba así. Al principio sospechaban que yo había pecado y lo había provocado; mas después de haber examinado a fondo, después de que yo había abierto mi corazón a ellos sin reserva, no me acuerdo de ninguno que sostuviera esta opinión de mí. Mi alma tiene aún en la memoria el ajeno y la hiel, la extrema amargura de esa condición, y todavía está abatida dentro de mí² al recordarlo ante el Señor. ¡Oh! Cuánto deseaba, como Job, poder llegar ante su presencia, y suplicarle humildemente; porque de veras no me sentía culpable de nada, sino que estaba enfermo de amor por él, ¡como el que fue arrancado con violencia del pecho de su amada! ¡Oh, cuán grata me hubiese sido la muerte! Porque durante todo el largo día estaba destrozado, y temeroso de la noche, cansado también de la noche, y

¹ Los editores del Tract Asociacion insertan este fragmento que se encuentra en otra parte de los escritos de Penington, donde habla de esta misma época.

² Lamentaciones 3:19-20

temeroso del día venidero. Me acuerdo de mis amargos y dolorosos lamentos al Señor. Cuántas veces repetía, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*³ *¿Por qué me has despedazado? Yo no tenía ningún otro gozo aparte de ti. Mi corazón se inclinaba del todo a servirte. Y hasta* (según le parecía a mi sentido) *me habías capacitado para tu servicio por medio de muchas profundas pruebas y experiencias. ¿Por qué me haces tan miserable?*

En algunos momentos ponía mis ojos en un pasaje de la escritura, y por dentro mi corazón se derretía. En otros momentos, tenía fuertes deseos de orar a mi Dios como antes había hecho; pero sentía que no lo conocía, que no sabía orar ni acercarme a él, como antes. En esta condición vagaba por montes y collados, de una clase de gente a otra con este plañido en mi espíritu: *¿Me pueden dar noticia del que mi alma ama? ¿Dónde mora? ¿Por dónde anda?*⁴ Pero sus voces todavía me eran ajenas, y me retiraba agobiado y triste, rebajado en mi espíritu. En verdad puedo decir que yo no pudiera haber soportado toda la miseria que afligía mi alma durante tantos años, si mi amor por el Señor mi Dios no hubiese sido tan hondo y sincero, y si mis deseos no hubieran sido tan fuertes por sentir el gozo de su espíritu, según la promesa y el camino del Evangelio. También puedo decir, en toda rectitud de corazón, que no deseaba dones para presentarme y ni para brillar ante los hombres, sino que anhelaba gracia y santidad, anhelaba el espíritu del Señor morando en mí para dirigir mi corazón por su gracia, y para preservarme en santidad. Ahora bien, toda persona seria, sobria y sensata querrá preguntarme cómo por fin llegué a un conocimiento satisfactorio del Señor; o si en verdad he logrado conocerlo, si he llegado a la satisfacción verdadera. Sí, sin duda, estoy satisfecho en lo más hondo de mi corazón. De veras, mi corazón sí está unido en un pacto eterno de vida pura y paz con aquél que yo anhelaba. Y entonces, alguno dirá, ¿cómo fue que esto aconteció? Pues fue así: el Señor abrió mi espíritu. El Señor me dio un sentir cierto y evidente de + la semilla pura que había estado conmigo desde el principio. El Señor hizo que su santo poder cayera sobre mí, y me dió tal demostración y comprensión interior de la semilla de vida que grité en mi espíritu, *Éste es él, éste es él, no hay otro, nunca hubo otro. Él siempre ha estado a mi lado aunque no lo reconocía* -- no lo conocía tan evidente y claro como ahora el Padre me lo ha revelado en mi interior. *¡Oh, que estuviera yo unido a él, y que desde ahora sólo él viviera en mí!* En ese día de su poder sobre mi alma, en la disposición que él había obrado en mí, me rendí para recibir de él instrucción, ejercicio, y dirección, para esperar su santa semilla y sentirla, con el fin de que fuera eliminado de mí todo que no podía vivir con la semilla o todo lo que impediría el morar y reinar de la semilla en mí, mientras ella seguía con poder en mí. Desde entonces he pasado por duras pruebas y luchas con aflicciones y tentaciones de muchos tipos, en las que el Señor me ha tenido misericordia al ayudarme y al preservar la chispa de vida en mí, aun en medio de muchos acontecimientos cuya naturaleza inclinaba a sofocarla y apagarla. El Señor sabe que no digo estas cosas por jactancia sino que preferiría hablar de mi nada, mi vacío, mi flaqueza, mis muchas debilidades, que siento ahora más que nunca. El Señor ha quebrantado la parte humana en mí; ante él soy gusano, y no hombre.⁵ No tengo fuerzas para hacer ningún servicio ni nada bueno para él; aun no puedo guardarme ni

³ Salmo 22:1

⁴ Véase Cantares 3:2-3

⁵ Salmos 22:6; también véase Job 25: 5-6

preservarme a mí mismo. A diario siento que no mantengo viva mi propia alma, sino que soy más débil ante los demás, y aun más débil en mi espíritu, hablando de mi propio ser, más de lo que nunca he sido antes. No puedo hacer otra cosa sino alabar a mi Dios, y siento su brazo extendido hacia mí. Ante él, la debilidad que siento en mí mismo no es pérdida sino provecho. Entonces escribo estas cosas sin motivo alguno de mi parte, y sólo porque he sentido que me era requerido. Me he rendido a hacerlo en sumisión a mi Dios y la utilidad o éxito de este escrito lo dejo en sus manos.

Una vez que he encontrado la senda verdadera, una vez que he caminado con el Señor en ella, donde con el tiempo se logra certidumbre diaria y plena afirmación en la fe y la comprensión -- en este momento, mientras el amor verdadero y la vida pura se mueven en mí y me impulsan, no puedo callarme sino que tengo la necesidad de proclamar a otros este testimonio: Retiraos a vuestro interior y esperad sentir algo que viene del Señor, de su Santo Espíritu y poder, descubriendo y apartándoos de lo que sea contrario a Él, y adentrándoos a su santa naturaleza y celestial imagen. Al unirse a esto la mente, se recibe algo, algo de vida verdadera, algo de verdadera luz, algo de verdadero discernimiento; si mora en la medida recibida⁶ y no se excede, la criatura quedará segura. Es fácil extraviarse de este camino, difícil permanecer en la senda sin adelantarse a su guía. Aquél que siente la vida, y comienza en la vida, ¿no comienza con seguridad? Aquél que espera y teme, y no se lanza por delante de su capitán, ¿no procede con seguridad? Sí, sin duda, con mucha seguridad, hasta que llega a estar asentado y establecido en la virtud la manifestación, y el poder de la Verdad, tanto que nada tiene fuerza para poder perturbarlo. Bendito sea el Señor, que hoy en día muchos pueden testificar en verdad y fidelidad que el Señor los ha traído a esta condición. Hemos aprendido esto del Señor: no por la mente que aspira y lucha para ensalzarse, sino al rebajarnos y contentarnos con poco. Si sólo es una migaja de pan (si de veras es pan), si sólo es una gota de agua (si de veras es agua), hemos quedado satisfecho con eso, y agradecidos al Señor. No lo conseguimos por fuerza mental ni por búsqueda sabia ni por nuestra propia sabiduría y razón. Al contrario, en la espera sosegada, humilde y mansa hemos visto llevado a la muerte lo que no ha de conocer los misterios del reino de Dios, y hemos visto vivificado e incrementado en vida lo que ha de vivir. Por lo tanto, si alguien quiere conocer al Señor de veras, que se cuide de su propia razón y comprensión. Yo mismo probé este camino por un largo tramo, porque estudiaba muy seria y rectamente. Oraba, leía las escrituras, deseaba con toda sinceridad comprender y descubrir si aquello que testificaban esta gente llamados cuáqueros era el único camino, la verdad de Dios, según me parecía que ellos profesaban. A pesar de todo esto se multiplicaban en mí prejuicios y fuertes razonamientos que me parecían irrefutables. Pero cuando el Señor reveló en mí su semilla con la que tocó mi corazón y me dió verdadera vida y virtud, sentí de corazón que aquellos eran hijos del Altísimo ya maduros en la vida, poder, y santo reino de Dios (viendo con los ojos interiormente abiertos por el Señor) hasta tal punto que sacó de mis adentros una honda reverencia y alabanza al

⁶ Los primeros Amigos enseñaban que en cada cual la Luz Interior de Dios mora en la medida que Dios estima que a esa persona le conviene. Lo que el individuo tiene que hacer es fijarse en la Luz y obedecerla, para acercarse más y más a la medida de Cristo que le es dada. En las palabras de Fox: "Poned atención todos a la medida de la vida de Dios en vosotros, para que vuestras mentes sean guiadas a ascender al Dios viviente." Véanse Romanos 12:3, Efesios 4:7, 2 Corintios 10:13.

Señor que se ha revelado entre los hombres en estos postreros días.⁷ Cuando Dios te dirige en cualquier cosa, ¡oh! sométete a él con fidelidad. Menosprecia el oprobio, toma la cruz;⁸ porque cierto es que este camino es muy atravesado a lo humano, y la sabiduría humana se avergonzará con creces. Pero hay que negar y abandonar todo eso, hay que esperar y rendirse a los impulsos secretos y palpables del espíritu de Dios. Escuchad todos; aquél que desea entrar en el nuevo pacto tiene que entrar en la obediencia del pacto. La luz de vida que Dios ha escondido en el corazón es el pacto; Dios no da a conocer este pacto para satisfacer la tan enorme, abarcante, y ambiciosa sabiduría humana. Lo que sí da es el conocimiento vivo para nutrir lo que él redivive. Tal conocimiento se recibe en la obediencia, y es muy dulce y apreciado en la condición de aquél que sabe nutrirse de ello. Sí, en verdad, esto es de una muy excelente, pura y preciosa naturaleza; de esto muy poquito hace caer la balanza contra aquella vasta y enorme ciencia del intelecto tan preciada y codiciada por el espíritu y la naturaleza humana.

Mis amigos, hoy en día testifico en verdad de la gran diferencia entre lo dulce de la comprensión en el conocimiento de las cosas expresada en las Escrituras (en lo que antes me alimentaba) y el sabor de la vida escondida, el maná escondido en el corazón que ahora me nutre - bendito para siempre sea el Señor, mi Dios y Salvador. ¡Oh! ¡que otros pudiesen gustar en verdad, en certeza, en carne propia, de la vida, de la virtud del Señor allí revelada! Ciertamente no podría hacer otra cosa sino despertar el hambre verdadera, inflamar la sed verdadera, que nunca pueden ser satisfechas por nada que no sea el pan verdadero, y el agua de la fuente de aguas de vida. El Señor, en la ternura de su amor, y en la riqueza de su gracia y misericordia, nos ha traído a esto. Deseamos y nos esforzamos con esmero y rectitud para que otros también sean traídos a esto mismo, para que en el verdadero silencio de la carne y en el sosiego puro del espíritu esperen, y en el tiempo señalado del Señor reciban lo que cumple el deseo de la mente y el alma despierta, y lo satisface para siempre con la sustancia verdadera y sin precio. Amen.

¡Oh! Cuán amargo me ha sido el seguir esta sabiduría para comprender las Escrituras, para recordar las Escrituras, para recordar experiencias y tantas otras luchas interiores que muchos no pueden aguantar que se hable de eso. El Señor me ha juzgado por eso, y he cargado el peso y condena de lo que muchos hoy en día ostentan como corona. Y a fin de cuentas, ¿qué soy yo? ¡Un pobre gusano! ¿A quién puedo advertir con buen efecto? ¿A quién pudo ayudar? ¿A quién puedo detener en su carrera hacia el abismo? A pesar de no ser nada, tengo que hablar, porque el Señor me hala y me mueve. No importa cuán inútil sea mi lástima, aun así, mis entrañas no pueden evitar retorcerse por los que están en miseria, y por los que se están lanzando a la miseria.

Soy amante de la humanidad en general; he sufrido y labrado profundamente por todos los que están en miseria. Nadie conoce la ruta de mis pesares, ni lo extenso de la conmoción de mis entrañas, sino sólo aquél que me creó. No me es innato ni natural reprender a nadie por

⁷ En Inglaterra en el siglo XVII muchas personas, incluyendo muchos cuáqueros, creían que los cambios y revueltas en toda la sociedad y especialmente en la religión indicaban que el fin del mundo estaba a punto de llegar.

⁸ Hebreos 12:2

cualquier tipo de maldad, ni por ninguna miseria por muy justa y merecida que fuera. Mis entrañas se conmueven por tal persona, ante la fuente de poder eterno y sus misericordias, de la misma forma que yo quisiera que me tengan misericordia, y que me representen al Padre de misericordias si estuviera yo en esa condición. Es cierto que he sido vaciado de vasija en vasija,⁹ fatigado de múltiples tormentas y tempestades; no obstante el gusto de mi vida por siempre permanece conmigo hasta hoy, y el Espíritu de Dios sopló en mi corazón, ¡bendito sea por siempre su santo nombre! Mi corazón dice que sí, el Espíritu de mi Dios me dio testimonio y me enseñó en la luz que no se puede engañar que esta es la gente que él ha escogido de entre todas las congregaciones por toda la tierra, de entre la apostasía, para manifestar en ellos su poder y su presencia. Aunque por esta razón yo camino con este pueblo, aunque el Espíritu del Señor me ha guiado y dirigido para que ande con ellos, sin embargo no estoy limitado por eso ni en el amor ni en la unión de mi corazón. Tengo unión con la integridad y el celo por Dios que yace en otros, de cualquier tipo o congregación. Y mis entrañas se conmueven con ternura para con todos, aun para los que odian y persiguen aquello que es mi vida, que tiene el amor de mi corazón por siempre. ¡Oh, cuánto he orado por el mundo perdido! Cuánto se ha inclinado mi alma ante Dios por todas las almas de la humanidad en inefables alientos del espíritu! Mi alma no podía acallarse, hasta que él no calmó mi espíritu con la rectitud y benevolencia de su voluntad, y me mandó que se lo dejara todo a él.

FUENTE:

“The Testimony of Isaac Penington.”

The Light Within and Selected Writings

Philadelphia: The Tract Association of Friends, 1998. Pp 1-11.

⁹ Jeremías 48:11